

5-2012

Leyendo al incoherente Jules Lévy

Victor Lope Salvador
Universidad Complutense de Madrid

Follow this and additional works at: <http://digitalcommons.conncoll.edu/teatro>

 Part of the [Spanish and Portuguese Language and Literature Commons](#), and the [Theatre and Performance Studies Commons](#)

Recommended Citation

Lope Salvador, Victor. (2012) "Leyendo al incoherente Jules Lévy," *Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies*: Número 24, pp. 69-89.

This Article is brought to you for free and open access by Digital Commons @ Connecticut College. It has been accepted for inclusion in *Teatro: Revista de Estudios Culturales / A Journal of Cultural Studies* by an authorized administrator of Digital Commons @ Connecticut College. For more information, please contact bpancier@conncoll.edu.

The views expressed in this paper are solely those of the author.

LEYENDO AL INCOHERENTE JULES LÉVY.

Víctor Lope Savador

Universidad Complutense de Madrid

RESUMEN EN ESPAÑOL:

El presente trabajo es un estudio de un texto que puede ser considerado como un manifiesto de la incoherencia publicado por Jules Lévy en 1885. El método empleado es el del análisis textual promovido por Jesús González Requena consistente en el detallado delectamiento del escrito. A partir del análisis podemos considerar la incoherencia como un movimiento con rasgos tanto del romanticismo como de la vanguardia.

PALABRAS CLAVE: Incoherentes, Jules Lévy, París, romanticismo, vanguardia.

1. INTRODUCCIÓN.

En el año 1882 un grupo de artistas parisinos comenzó a organizar una serie de exposiciones y de actos festivos que continuaron hasta el año 1893. Se autodenominaron los incoherentes. Olvidados e ignorados por la historia oficial de las vanguardias han empezado a ser objeto de cierta atención a partir de la última década del siglo XX. Se han publicado algunos pocos libros y se han organizado algunas pocas exposiciones tanto en Francia como en Estados Unidos. Por ahora, el libro más importante sobre la cuestión es el publicado por Catherine Charpin, “Les arts incohérents”¹. Para la historiadora del arte francesa la

¹ Catherine Charpin ha puesto los contenidos de su libro, junto con nuevas aportaciones, en una página en Internet (<http://www.artsincoherents.info/>).

incoherencia es “un eslabón perdido en la cadena de la historia del arte” si bien “lleva ya en el corazón de su singularidad los embriones del arte moderno” (Charpin, 1999: 105).

Hay que hacer constar que la investigación sobre los incoherentes se enfrenta a una notable limitación ya que no hay acceso a las obras originales de las exposiciones sino a las reproducciones -que no son fotográficas sino dibujadas- de las mismas en los catálogos -catálogos que editaron los incoherentes con ocasión de las exposiciones de 1884, 1886, 1889 y 1893-. Otras fuentes a tener en cuenta son los escritos que hacen referencia a sus actividades en revistas y periódicos de la época. En el momento de redactar estas líneas (marzo de 2012) no se ha publicado todavía ninguna catalogación exhaustiva de la obra incoherente aunque es de esperar que en breve Charpin pueda ofrecer su “Catalogue raisonné du déraisonnable” pues en el año 2009 se anunciaba, con ocasión de unas jornadas celebradas en la Universidad de Ginebra (“Les Arts Incohérents. Trois Journées d’étude et de rencontres”), que tal obra estaba en proceso de terminación (En internet, 1).

Creemos, no obstante, que esas carencias documentales no deben ser obstáculo para abordar el análisis de lo que hoy es accesible, asumiendo que la perspectiva sobre el estado de la cuestión puede evolucionar y enriquecerse. El conjunto de los documentos a los que ahora se tiene acceso resulta suficientemente estimulante para comenzar una tarea que es esencialmente la de deletrear el texto incoherente.

El presente trabajo se propone aportar al estudio de los incoherentes el análisis de un texto publicado en “Le Courrier français” por Jules Lévy en 1885, el cual nos parece idóneo para indagar en algunos rasgos relevantes que caracterizaron la emergencia de este movimiento. Emplearemos para ello la metodología del deletreamiento derivada de la Teoría del Texto de Jesús González Requena (1997: 3-32). Tal procedimiento constituye una valiosa herramienta, puesta ya en práctica en multitud de trabajos, que permite un conocimiento más profundo y detallado de las obras que son objeto de estudio para la historia del arte. Se trata de interrogarse por el sentido, interrogación -más allá del significado- que suscita la lectura minuciosa de un texto en el que lo que está en juego es el deseo del sujeto. Esa interrogación por el sentido es también la interrogación por los rasgos del sujeto de la enunciación que el propio texto produce, pues para la mencionada Teoría del Texto éste es, ante todo, un espacio de producción.

Hemos elegido el mencionado texto de Lévy de 1885 ya que en el momento de su publicación los incoherentes habían alcanzado un notable reconocimiento público y también empezaban a ser objeto de algunas críticas. Resulta por ello muy interesante leer cómo el

LEYENDO AL INCOHERENTE JULES LÉVY

promotor de los incoherentes trata de establecer una definición y una defensa del movimiento, lo cual confiere a esa publicación el carácter de un manifiesto.

Antes de abordar la lectura, resulta obligado conocer de forma sucinta al menos los sucesos relevantes entre el momento en el que los incoherentes se ponen en marcha y el momento en el que Lévy publica el texto objeto de nuestro trabajo.

2. BREVE HISTORIA DE LA INCOHERENCIA ENTRE 1882 Y 1885.

Según cuenta Charpin, todo comenzó en 1882 cuando un joven escritor de 23 años, Jules Lévy, tuvo una idea: “hacer una exposición de dibujos realizados por gente que no sabe dibujar” (Charpin, 1999: 15). Jules Lévy había pertenecido a uno de los grupos literarios más numerosos de los que se reunían en los cafés parisinos, los hidrópatas, y por esas fechas el grupo, creado en 1878, estaba en proceso de disolución. El propio Lévy editó una recopilación de escritos de hidrópatas en 1928, “Les hydropathes. Prose et vers”. En la introducción de ese libro, Lévy trata de poner las cosas en su sitio y recuerda, por ejemplo, cual fue su origen:

...conversaban sobre arte y Belleza, no denigraban a los antiguos... los viejos en aquella época eran respetados. Reconocían lo que estaba bien, admiraban los bellos versos, la buena música; los pintores que no pensaban en el cubismo y los escultores que trabajaban de firme eran las consumiciones de sus tertulias. Esos cinco componían una academia del Arte por el Arte. (Lévy, 1928:5).

Difícilmente se podía hablar, en 1878, de pintores cubistas, pues tal vanguardia no irrumpe hasta 1909, pero queda clara la intención del autor al valorar ciertas tendencias con las que no se identifica. Y de forma significativa trata de poner distancias frente a la pléyade de artistas de vanguardia que a finales de los años 20 eran los protagonistas de la vida cultural parisina. “Los verdaderos hidrópatas jamás han sido hombres de negocios; han vivido y viven con un espíritu sano porque era personas valientes, buenas y alegres; nunca han sido los “¿me has visto?” o los “¿me has oído?””. (Lévy, 1928:16).

Resulta llamativo que Lévy no reivindique en 1928 ni a los hidrópatas ni a los incoherentes –no hay mención alguna éstos últimos en el libro- como antecedentes o precursores de ciertas prácticas vanguardistas. Pero sigamos ahora con el sucinto relato de los acontecimientos y volvamos a 1882.

Lévy fue solicitando a sus amigos, la mayoría de ellos hidrópatas -además escribían y dibujaban en periódicos humorísticos-, que participaran con sus dibujos en este proyecto. En principio, Lévy no se planteaba más que una pequeña exposición realizada en su propio

dormitorio. Por esta vez la exposición no tuvo lugar en su casa sino en un hangar destartalado el día 2 de agosto de 1882. Un trágico suceso -una explosión de gas que había ocasionado bastantes muertos y la destrucción de muchas casas el día 13 de julio en la céntrica calle parisina François Miron-, provocó que se organizaran algunos actos con el fin de recaudar fondos para las víctimas. Lévy y sus amigos decidieron sumar su proyecto a los actos de apoyo a las víctimas y trasladarlo a un viejo hangar cedido para la ocasión. Como no funcionaba la luz eléctrica en el local que les habían prestado, decidieron poner velas a disposición de los visitantes -a cambio de cierta cantidad de dinero- para que estos pudieran ir viendo las obras. Las sucesivas exposiciones de los incoherentes también recaudaron dinero para obras de beneficencia. Los creadores de tan singular evento tuvieron entonces que darle un nombre: “Artes Incoherentes”.

Lévy pudo luego poner en práctica su idea inicial de hacer una exposición en su propia casa -sita en una calleja cerca del cruce del boulevard Saint Germaine con el de Saint Michel-, así que, el domingo día 1 de octubre de 1882, aquella tuvo lugar en una habitación de unos diez metros cuadrados entre las 13 y las 17 horas. Carles Leroy, uno de los artistas incoherentes, recordaría en el texto introductorio del catálogo de la exposición de 1884 lo siguiente:

El público es el único juez al que apelamos. Cuando Jules Lévy lanzó esta idea maravillosa no tenía a su disposición más que un pequeño local en una casa tranquila. El día de la inauguración, los pacíficos inquilinos del edificio contemplaron con estupor indescriptible a dos mil personas asfixiándose en una escalera no muy ancha. (Charpin, 1999: 111).

En algunos periódicos parisinos, especialmente en el *Chat Noir*, se hicieron valoraciones muy elogiosas sobre el acontecimiento. La habitación de Lévy se elevó al rango de “templo del arte” y “Catedral del futuro” (Charpin, 1999: 18). También se llegó a escribir en “La Presse” cosas como esta: “Esto es más grande de lo que ellos creen, independientemente de cuál haya sido su intención. La Incoherencia tiene casa propia” (Charpin, 1999: 19). Y valoraciones como esta: “Ya que han sido bien aceptados los impresionistas, que son revolucionarios e impotentes, ninguna razón desde entonces se opone a otorgar la investidura a la incoherencia” (Charpin, 1999: 19).

Esos elogios y reflexiones indican que una parte de la opinión pública parisina estaba aceptando de muy buen grado las propuestas incoherentes desde el principio. Ha de tenerse en cuenta también que buena parte de los incoherentes escribían y dibujaban en distintos periódicos, contribuyendo a la publicidad de sus actividades.

LEYENDO AL INCOHERENTE JULES LÉVY

En 1883 Lévy convenció al gerente de la Galerie Vivienne, un gran pasaje comercial abierto en 1826 y que en esos momentos no atravesaba por su mejor momento, para realizar en tres de sus locales desocupados lo que se considera la primera exposición oficial. Imprimieron, además del catálogo correspondiente, carteles anunciadores y tarjetas de invitación. Prepararon el “vernissage” y establecieron tarifas diferentes según los días de la semana, al igual que hacía el Salón Oficial de los Campos Elíseos. Permaneció abierta entre el 15 de octubre y el 15 de noviembre de las 13 a las 17 horas. En efecto, la exposición contribuyó a llevar bastante gente a la galería comercial, tal vez unas veinte mil personas (Charpin, 1999: 23).

La exposición incluía, a modo de preámbulo, algunos dibujos realizados por Baudelaire, Merimé, Daumier, entre otros, como buscando una legitimación o algún tipo de conexión con las obras incoherentes, obras que en su mayor parte eran las de las exposiciones de 1882.

El entonces prestigioso pintor y escultor academicista Jean-Léon Gérôme, que había sido una de las pocas voces críticas el año anterior, en este caso, tal vez porque alguno de sus dibujos había sido colocado junto a los de Baudelaire o Daumier, se mostraba más indulgente al decir que “la parodia jamás ofende a los maestros” (Charpin, 1999: 22). El crítico de arte Félix Fénéon, del cual se decía que no se equivocaba nunca a la hora de hacer valoraciones artísticas, escribió lo siguiente: “El señor Jules Lévy acaba de reunir en la Galería Vivienne todo lo que los juegos de palabras más audaces y los métodos de ejecución más desconcertantes pueden hacer para crear obras tan extremadamente híbridas en pintura y escultura como estupefacientes”. (Charpin, 1999: 23)

Precisamente la cuestión de la hibridación constituye uno de los rasgos más destacados de bastantes de las obras incoherentes. Fénéon adoptó una pieza realizada por el ilustrador Ferdinandus titulada “Facteur rural”, como modelo que podía representar el conjunto de la incoherencia. En síntesis, y a partir de la descripción que hace de la pieza el actor y dramaturgo incoherente, Félix Gallipaux (Charpin, 1999: 18), podemos hacernos una idea de cómo era: el cuadro contenía una suela de un gran zapato del pie derecho incrustada en la tela. Es decir, un objeto real fabricado compartía el espacio de la representación con el dibujo de un cartero rural tratando de alcanzar un tren alejándose en el horizonte.

El 20 de octubre de 1884, tras el “vernissage” del día anterior, también en los mismos locales de la Galerie Vivienne, se abrió una nueva exposición incoherente. Y alcanzó un éxito de público todavía mayor al obtenido el año anterior. También comenzaron a aparecer algunas

críticas como la aparecida en “L’Universe” donde se calificaba a los incoherentes como “más o menos masónicos y librepensadores” (Charpin, 1999: 27).

Para dar idea de cuál era el ambiente artístico parisino en esos momentos baste recordar que en diciembre de ese mismo año se inauguró el primer Salón Anual de los Independientes. Allí había obras de Odilon Redon, Georges Seurat, Paul Signac, Armand Guillaumin entre otros.

Hasta aquí hemos visto los hitos esenciales de los incoherentes desde sus primeros pasos, lo cual nos permite afrontar ya la lectura del texto titulado “La incoherencia, su origen, su historia y su futuro” que Jules Lévy publicó el 12 de marzo de 1885. Utilizamos el texto publicado en el anexo del libro de Catherine Charpin (1999: 109-110) y que hemos traducido previamente al español.

3. LECTURA DE “LA INCOHERENCIA, SU ORIGEN, SU HISTORIA Y SU FUTURO” DE JULES LÉVY.

Vamos a ir leyendo el texto en el orden en el que fue publicado. En general, iremos viendo párrafo a párrafo, aunque algunos párrafos serán fragmentados en unidades menores.

Así comienza: “Si la incoherencia fuera lo que algunos quisieran que fuera, tendría que empezar esta crónica al revés y hacer una cosa cuya cabeza sería la cola, y viceversa”. De entrada, da por sentado que hay gente que considera que la incoherencia es algo que tiene que ver con un radical cambio en el orden de las cosas, que tiene que ver con una inversión del orden considerado normal, de modo que en el lugar de una cabeza aparecería una cola. Aunque no se menciona explícitamente, se da por supuesto que ese orden o ese desorden afecta a las formas de representación, a los discursos. Tal alteración en el orden de la representación sería radical pero, a la vez, muy sencillo de hacer y de entender, pues, asumiendo un juego de oposiciones binario, los valores semánticos de los extremos serían fácilmente resituados en el orden comúnmente aceptado.

Lo interesante de esta forma de comenzar el artículo es que Lévy está dando cuenta de un hecho como el de que hay ya una percepción social determinada acerca de las propuestas incoherentes que estaban en circulación desde hacía tres años. Y él dirá enseguida que esa percepción resulta equivocada. Sin embargo no podemos olvidar que en el origen de la aventura incoherente están estas otras palabras de Lévy de 1882: “hacer una exposición de dibujos realizados por gente que no sabe dibujar”, lo cual constituye toda una propuesta de

LEYENDO AL INCOHERENTE JULES LÉVY

inversión de valores puesto que se quiere hacer valer como objeto de interés pictórico lo realizado por quienes no saben dibujar. Ello implica alterar el buen orden del mundo y de su representación. Bien, pues Jules Lévy dice que eso no es la incoherencia.

Lévy escribe: “Pero no es eso lo que significa, al contrario, y, para no parecerme demasiado a Prudhomme, digo para entrar en materia: “La incoherencia es reírse sin reservas y sin malicia””. Aquí tiene lugar una toma de distancia frente a ciertos modos de representación cuya cabeza visible sería el poeta parnasiano y filósofo René François Armand (Sully) Prudhomme, un poeta que en esos momentos gozaba de un amplio reconocimiento y que formaba parte del movimiento antirromántico. Así, Lévy para introducir una primera definición de lo que es la incoherencia necesita mencionar lo que algunos piensan que es para luego decir que eso no es, sino que sería lo contrario de lo que aquellos piensan; luego, dice querer evitar circunloquios e ir directamente al grano, no sin antes achacar cierta demora expositiva a un poeta al que no desea parecerse, Prudhomme. Y entonces viene la definición: “La incoherencia es reírse sin reservas y sin malicia” (*L' Incohérence est la rigolade sans méchanceté*). Las acepciones del término “rigolade” se refieren a la diversión que se realiza y se disfruta de forma franca y sin restricciones, también a que esa diversión es fruto de acciones que no requieren gran esfuerzo y también a que se recurre a procedimientos paródicos, a la burla, a la caricatura e incluso a lo grotesco. Todo ello sin intención de causar daño, sin crueldad, sin perversión. De modo que podemos deducir de tal definición que la incoherencia sería un divertimento no especialmente rebuscado y bastante inocente. Inevitablemente esto suscita ahora algunas preguntas: ¿Qué tiene que ver esta definición con aquellas palabras suyas que fueron el origen de la primera exposición? ¿Por qué reduce la experiencia de las exposiciones realizadas a una simple “rigolade”?

Sigue el artículo prometiendo una biografía: “Establecido esto, vamos a dar en detalle la biografía completa y exacta de este entretenimiento parisino que, en tres años y medio, ha ganado un lugar importante al sol de la capital”. El término biografía (*biographie*), esto es el relato de la vida de una persona, se aplica en este caso a la historia de esa nueva forma de entretenimiento. Esa licencia escritural nos habla de la intención del autor de que la incoherencia sea vista como algo que tiene vida propia, algo orgánico que ha nacido y que está creciendo. Ese movimiento, sigue escribiendo Lévy, ha cumplido tres años y medio y ya forma parte de la vida cultural de París. Ello implica que para el autor hay un reconocimiento público de tal trayecto vital y que eso, la repercusión social y mediática, es especialmente valioso. O de otro modo, los incoherentes no tienen ninguna vocación de marginalidad sino

todo lo contrario, anhelan el éxito de público, ser el centro de atención. Como hemos visto en el breve repaso histórico, ese éxito lo habían alcanzado con creces y, seguramente, sin haberlo previsto.

Inmediatamente después, Lévy introduce un matiz:

Debo decir no obstante que los incoherentes no tienen ninguna pretensión, ni son más listos ni más espirituales que el resto de la gente que se ocupa de alguna manera del arte, ya sean pintores, poetas, escultores o carpinteros, pero tienen la convicción de que no son completamente estúpidos.

Desean el éxito y el reconocimiento públicos, declaran que eso se ha alcanzado pero a la vez, asegura Lévy que no por ello caen en la arrogancia o en la vanidad. Dice que no se consideran mejores que *el resto de la gente que se preocupa de alguna manera por el arte*. Cuando, a continuación, Lévy pasa a hacer una breve enumeración de quienes se ocupan o se encargan del arte, hace algo llamativo, pues, junto a los pintores, poetas y escultores coloca a los carpinteros, es decir que para los incoherentes, frente a la radical separación entre arte (bellas artes) y artesanía -establecida por lo menos desde el siglo XVIII- (Shiner, 2004: 27) el arte incluye también a la artesanía.

No menos interesante es el cierre de este párrafo con la declaración de que los incoherentes están convencidos de que no son completamente estúpidos. Hay que remarcar que eso se dice justo a continuación de haber incluido a los carpinteros entre la gente que se ocupa del arte. Tras deslizar eso que, en el fondo, constituye un replanteamiento de la propia idea de arte parece que el autor necesitara añadir que no por pensar así los incoherentes son estúpidos, sino que están convencidos de que esa forma de ver las cosas tiene sentido. Y tras decir eso, el escritor se muestra dispuesto a lanzar un alegato a favor de la recuperación de algo importante que ve mancillado: el espíritu francés.

La alegría y el espíritu francés han sido ensuciados por esa gente hedionda que se subdivide en varias categorías: los “gomosos” o pegajosos o flacos; las mujeres fáciles u horizontales o las de los más bajos fondos; los pornógrafos o naturalistas o realistas. Debemos rehabilitar esa gloria nacional llamada espíritu francés y para eso han venido los incoherentes, quienes sin ser nunca sucios hacen lo posible por estar de buen humor.

El carácter nacional francés es utilizado aquí como si fuera un bien supremo al que los incoherentes desean servir ya que, según Lévy, su deterioro es evidente. Y para hacerlo evidente el escritor presenta una curiosa relación -organizada en tres grupos- de los culpables: “los “gomosos” (gommeux) o pegajosos o flacos; las mujeres fáciles u horizontales o las de los más bajos fondos; los pornógrafos o naturalistas o realistas.

LEYENDO AL INCOHERENTE JULES LÉVY

Hemos traducido el término “gommeux” por “gomosos” recurriendo a la transcripción literal a sabiendas de que ello no da cuenta de la complejidad de una expresión que no tiene equivalente en español. “Gommeux” es una palabra que hizo fortuna en París a partir de mediados del siglo XIX (En internet, 2) y que, en principio, servía para calificar a un individuo idiota que se peinaba con una raya en medio como una mujer. En la década de 1870 también fue aplicada a ciertos cantantes, ya fueran hombres o mujeres, que actuaban en los cabarets con bastante desenfado y con un vestuario y acicalamiento muy artificioso. Un cartel de 1891 de uno de esos afamados cantantes llamado Paulus (En internet, 3) nos da una pista sobre el aspecto de un “gomoso”.



En la actualidad subsiste el término “gommeux” y se usa coloquialmente como un equivalente de joven pretencioso y ridículo pero nos parece una acepción insuficiente en el contexto en el que Lévy lo empleó. Pegajosos (poisseux) podría ser también viscosos o melifluos y flacos (amincis) podría ser cambiado por esqueléticos o enjutos. En cualquier caso, aquí se habla del aspecto de ciertos hombres tan extremadamente cuidadosos en su vestuario, peinado y/o maquillaje con la intención de resultar muy elegantes que acaban generando una sensación muy poco viril.

Luego les toca el turno a las mujeres que se prostituyen diferenciadas en tres categorías que van desde las mujeres fáciles hasta las más degradadas y, finalmente, se habla de los pornógrafos (escritores y artistas que tratan asuntos obscenos) que son equiparados a los naturalistas, aludiendo a las propuestas de Émile Zola, y a los realistas como Balzac en literatura o a las pinturas de Courbet, entre otros. De lo cual se desprende que los incoherentes consideran que lo que está empañando el espíritu francés son este tipo de movimientos artísticos de inspiración materialista y de oposición a los postulados estéticos del

romanticismo. De modo que, resumiendo, habría tres esferas de contaminación que estarían acabando con el espíritu francés: la de los hombres de aspecto poco viril, las mujeres que se prostituyen y la de ciertos movimientos artísticos interesados en colocar en primer término de la representación los aspectos más sórdidos de la condición humana o directamente lo real pornográfico.

Ante ese estado de cosas, los incoherentes se presentan como quienes han asumido la tarea de “rehabilitar esa gloria nacional llamada espíritu francés”, lo cual viene a corroborar lo que ya hemos señalado antes acerca de que no tienen vocación alguna de permanecer en los márgenes de la cultura. Y precisamente por eso nos podemos preguntar si el recurso a la defensa del espíritu francés es una posición sincera o si ésta está contaminada por la conveniencia de vincularse a una fórmula nacionalista como una estrategia publicitaria para el posicionamiento de su activismo. Posicionamiento que también actúa como fórmula defensiva frente a ciertos ataques provenientes de la derecha católica representada en este caso por el periódico “L’Univers”, como luego veremos.

Con todo, creemos que vale pena detenerse un instante en lo que se ha venido llamando espíritu francés. La primera referencia importante a esa esa expresión se la debemos a Montesquieu, concretamente a lo que él escribe en el capítulo V, “Debe atenderse a que no cambie el espíritu general de un pueblo”, del libro XIX de “El espíritu de las leyes”, publicado en 1748.

Si hay en el mundo una nación que tenga humor sociable, carácter franco y alegre, llevado a veces a la indiscreción, viveza, gusto y con todo esto, valor, generosidad y cierto pundonor, bueno será poner sumo cuidado en no violentar sus hábitos con leyes que pongan trabas a su manera de ser o coarten sus virtudes.[...] El legislador debe ajustarse al espíritu de la nación, cuando no es contrario a los principios del régimen, porque nada se hace mejor que lo que hacemos libremente siguiendo nuestro genio natural.

Nada ganará el Estado, ni en lo interior ni en lo exterior, si se le imprime un espíritu de pedantería a un pueblo naturalmente alegre. Dejadle hacer con formalidad las cosas frívolas y festivamente las más serias. (En internet, 4).

La naturaleza alegre del pueblo francés se alza como el rasgo más notable de ese espíritu, algo en lo que han abundado después otros intelectuales como Hippolyte Taine en “Le rire gaulois”, un capítulo de “La Fontaine et ses fables” publicado en 1860.

La necesidad de reír es el rasgo nacional, tan particular que los extranjeros no entienden una palabra y se escandalizan por ello. Este placer no se parece en nada a la alegría física, que es despreciable porque es grosera; al contrario, agudiza la inteligencia y hace discernir constantemente la idea fina de la escabrosa. (En internet, 5).

LEYENDO AL INCOHERENTE JULES LÉVY

Luego retomaremos el asunto de la alegría en relación con la fiesta de la que Lévy nos hablará pronto.

Continúa el escrito: “¿Tendrán éxito? La respuesta la tendrán que dar los amigos de la sana y casta moral”. Eso quiere decir que se someten gustosos al veredicto de aquellos que valoran y defienden “la sana y casta moral”, expresión que bien podemos considerar equivalente a la de ese espíritu francés que dice defender. Es preciso aquí recordar que es la segunda vez que Lévy habla de los incoherentes en tercera persona sin incluirse a sí mismo entre ellos. En el párrafo anterior escribe que para rehabilitar el espíritu francés “han venido los incoherentes” y ahora se pregunta si “tendrán éxito” en esa tarea. ¿Acaso Lévy no se considera incoherente? ¿Qué tipo de relación concibe Lévy entre él y los incoherentes? Más adelante habremos de volver sobre estas cuestiones.

El interés por ocupar un lugar importante al sol de París llevó a los incoherentes a organizar determinadas actividades públicas, entre ellas, unos bailes de carnaval que, al principio, alcanzaron un gran éxito. Lévy se refiere al primero de ellos que iba a tener lugar el mismo día en el que se publicó el artículo.

Hoy se celebra el baile, el cual nos beneficia a todos y queremos que este beneficio sea puramente moral. Ahora se hace profesión del aburrimiento, el aburrimiento está de moda y, aunque el aburrimiento nació de la Uniformidad un día, siendo el incoherente el enemigo de la Uniformidad nada impide en absoluto al aburrimiento ser la madrastra de la incoherencia.

Que el beneficio del baile sea “puramente moral” hay que entenderlo, en principio, dentro de la estrategia declarada de recuperar el espíritu francés por medio de un acto de tipo festivo que garantizara la diversión a los concurrentes. Por otro lado, conviene recordar que los incoherentes habían organizado ya tres exposiciones en las que se cobraba entrada y cuyos beneficios debían ir a parar a “los pobres de París” como proclamaba alguno de los carteles anunciadores cuya reproducción ha llegado a nuestros días. (Les incohérents, 1884: 164)



Cartel de la exposición de 1883 reproducido en el catálogo de la exposición de 1884.

Ya hemos visto, en el breve repaso histórico, que el primer acto público de los incoherentes sirvió también para recaudar dinero en auxilio de las víctimas de una explosión de gas. De modo que ese momento, que fue también el del bautismo de los incoherentes, había quedado asociado a la beneficencia. Es lógico suponer que circularan sospechas, fundadas o no, acerca de la transparencia contable de un grupo tan alegre y festivo. Así, Lévy repite dos veces la palabra beneficio para añadir que es para todos y que es puramente moral. ¿Por qué para hablar del baile que va a celebrarse esa tarde empieza mencionando por dos veces el asunto del beneficio?

Inmediatamente después menciona cuatro veces el aburrimiento a la vez que trata de establecer unos curiosos parentescos de éste y de la incoherencia. Hemos usado el término madrastra para traducir “belle-mère” si bien la expresión utilizada por Lévy puede servir igualmente para designar a la suegra y, en este delectamiento, no queremos pasar por alto tal polisemia. Curiosamente, en francés la palabra “belle” que es el adjetivo empleado para las cualidades bellas y agradables, cuando se pone ante la palabra madre adquiere valores no tan positivos. Así, la literalidad de “bella madre” se transforma en madrastra o bien en suegra, términos que se suelen asociar con cierto grado de conflictividad en la relación de ella o bien con el hijastro o bien con el yerno o nuera. Así pues, Lévy nos habla de una extraña familia en la que la Uniformidad tiene como descendiente al aburrimiento y, a la vez, el aburrimiento es la madrastra de la incoherencia. Si el aburrimiento es la suegra de la incoherencia resulta que el aburrimiento es madre del cónyuge de la incoherencia. Si el aburrimiento es madrastra de la

LEYENDO AL INCOHERENTE JULES LÉVY

incoherencia resulta que el padre de la incoherencia ha matrimoniado, tras venir ésta al mundo, con nueva cónyuge.

Lévy podría haber dicho que la uniformidad aburre, pero, por alguna razón, al autor esa fórmula le parece poca cosa y así se embarca en la escritura de una extraña frase que le permite hablar de un conflicto entre la incoherencia y la uniformidad. Tanto en francés como en español el género de los sustantivos en liza es el mismo de modo que del lado femenino están la Uniformidad, la incoherencia y la “belle mère”, y del lado masculino están el aburrimiento y el incoherente. La incoherencia tiene por madrastra (o suegra) al aburrimiento y el incoherente se declara enemigo de la Uniformidad mientras ésta contrae nuevas nupcias con el aburrimiento (o bien éste es “madre” de un no explicitado esposo -o esposa- de la incoherencia). En cualquier caso, el aburrimiento que es masculino, en tanto metaforizado como “belle mère”, pasa a ser femenino. Y, lo que es más interesante, se elude hablar de la paternidad de la propia incoherencia, de su genealogía biológica, a pesar de que Lévy había prometido, al principio, hacer su biografía. De modo que aparecen varias figuras maternas mientras el lugar del padre es un lugar vacío y, ante ese panorama, el incoherente pugna por liberarse de la Uniformidad.

Sin duda estamos en el punto de ignición del texto, según terminología propuesta por Jesús González Requena (1995: 16,17). Se trata de ese lugar en el que detectamos la emergencia de lo real, ese lugar alrededor del cual el sujeto escribe y se escribe en la búsqueda de sentido para su propia experiencia de lo real. En ese punto, la inteligibilidad resulta problemática. Y ¿qué podría ayudar a la inteligibilidad? Creemos que una figura paterna que no aparece aquí. Que no aparezca aquí no significa que no la podamos localizar en otro lugar del conjunto del texto Jules Lévy. Ese lugar no puede ser otro que el que nos habla precisamente del origen de las actividades de los incoherentes: “hacer una exposición de dibujos realizados por gente que no sabe dibujar”. Esas son las palabras fundadoras, la formulación de un deseo del joven Lévy que desata un proceso en cierto modo desbordante. Lévy, como buen hidrópata, gustaba de jugar con las palabras pues pensaba que las palabras tienen sus trampas, no son totalmente fiables y se les puede hacer significar cosas risibles. Y sin embargo aquellas palabras (“hacer una exposición de dibujos realizados por gente que no sabe dibujar”) tenían cierta equivalencia bíblica (“Y dijo Dios: “Hágase la luz”; y la luz se hizo”). Como en el Génesis, la palabra había tenido efectos en lo real, había desencadenado algo nuevo, un proceso creativo y, donde antes no había algo, tras la palabra, empezó a haber eso que hubieron de bautizar como “Artes Incoherentes”. Hemos de considerar que Lévy se

VÍCTOR LOPE SALVADOR

debió ver a sí mismo no sólo como un padre de la incoherencia sino como un creador al que bastó formular, con unas pocas palabras, su deseo. Es decir, por un lado debió tener la sensación de omnipotencia y por otro lado cierta angustia al comprobar que aquello de lo que su palabra era el origen tenía vida propia –de ahí esa licencia del uso de la palabra biografía antes comentada-; pero él no tenía un plan meditado para dirigir el desarrollo de esa poderosa criatura. Creemos que esta contradictoria situación es la que explica que hable de los incoherentes en tercera persona y que él no se incluya entre ellos.

Efectivamente Lévy defiende a los incoherentes, no tiene otra opción, y busca para ellos la que considera que puede ser la mejor y más noble cobertura: el humor al servicio del espíritu francés. Así que debe seguir hablando de un conflicto entre el aburrimiento y la alegría y de los incoherentes como aquellos que han venido a traer la buena nueva.

¿A quién culpar del aburrimiento? A las personas inteligentes y espirituales que han visto cómo los lugares donde estaban acostumbrados a imponer su conducta han sido invadidos por un montón de “gomosos”, palurdos y prostitutas idiotas, los inteligentes abandonaron el lugar y se quedan ahora en casa y allí se aburren en el tiempo libre. Debemos reaccionar y los incoherentes nos dan el primer impulso. ¡La alegría es lo propio del hombre, por Dios!

De modo que los incoherentes –de nuevo en tercera persona- van a ayudar a los inteligentes y espirituales -que se habían retirado, aburridos, a sus casas- a recuperar esos espacios públicos ahora invadidos por prostitutas, “gomosos” y palurdos. Y así, los incoherentes son presentados como avanzadilla o vanguardia en esa lucha para reconquistar la alegría. Luego, entre admiraciones, se permite definir la alegría como esencia de lo humano añadiendo la blasfemia en un gesto exaltado y desafiante.

Luego viene una de esas fórmulas tan comunes en las vanguardias como es la de asumir como bandera aquello que en principio es despreciado: “¡El ridículo invade nuestras costumbres; evitábamos el ridículo al vestirnos, desafiemos el ridículo y disfracémonos!” En el fondo, ese desafío guarda cierta sintonía con el desafío futurista recogido en el manifiesto de U. Boccioni, A. Carrá, L. Russolo, G. Bella y G. Severini de 1910: “4. Sacar coraje y orgullo de la fácil imputación de locura con que se acalla y amordaza a los innovadores”. (González, Calvo y Marchán, 1999: 144)

Lo que sucede es que ese desafío del disfraz queda circunscrito al baile de carnaval que se va a celebrar, por tanto queda dentro de unos códigos sociales ya conocidos. Así que no es la innovación, al menos no de forma explícita, lo que Lévy reivindica en relación con el

LEYENDO AL INCOHERENTE JULES LÉVY

baile. Pensamos más bien que lo que hay aquí es un eco de algo más antiguo. Se trata de la “Carta a D’Alembert sobre los espectáculos” que Jean Jacques Rousseau redactó en 1758

Que vuestros goces no sean ni afeminados ni mercenarios, que nada de lo que huela a violencia e interés los envenene, que sean libres y generosos como vosotros, que el sol ilumine vuestros inocentes espectáculos; vosotros mismos seréis uno, el más digno que podrá iluminar. Pero, finalmente, ¿cuál será el objeto de esos espectáculos?, ¿qué se mostrará en ellos? Nada, si se quiere. Con la libertad, allí donde hay afluencia, reina también el bienestar. Plantad en medio de una plaza un poste coronado de flores, reunid allí al pueblo y tendréis una fiesta. Mejor aún, convertid a los espectadores en espectáculo, hacedlos actores, haced que cada cual se vea y se guste en los demás para que de ese modo todos se encuentren más unidos. (Rousseau, 2009: 156)

Si nos inclinamos a establecer esa conexión intertextual con Rousseau no es sólo porque éste plantea que los espectadores sean el espectáculo sino porque la fórmula de plantar “un poste coronado de flores” convoca una imagen que los incoherentes recrean en un dibujo hecho un año antes de convocar el baile. En el dibujo, el poste no está coronado por flores sino por una farola, seguramente de gas. A ese poste están atados seis individuos disfrazados, los cuales, sin duda, gozan de ese encuentro y de esas ataduras.



Dibujo coloreado que habla de un *Baile de incoherentes*, publicado en el catálogo correspondiente a la exposición de 1884 (Les incohérents, 1884: 7). No hay constancia de que los incoherentes organizaran ningún baile antes de 1885.

Quienes no queden contentos irán a contarlo a L’ Univers (periódico). Y L’ Univers hablará de nuestro acto, lo cual nos importa un higo. La seriedad aturde. La alegría renueva. Cuando hayamos reído, reiremos de nuevo, y cuando tengamos que llorar, lloraremos en nuestra casa, en silencio, sin ostentación, que la tristeza se extiende como la tinta, pero no haremos llorar a los demás.

“L' Univers” fue un periódico católico que abogaba por la primacía espiritual y jurídica del papado, de ahí el calificativo de ultramontano en referencia a lo que está al otro lado de los Alpes. Lévy deja claro que la opinión de ese periódico católico -y por ende la parte de la opinión pública que se guiara por él- le resulta menos que indiferente, despreciable, lo cual tiene el valor de una declaración de tipo ideológico. De hecho, no pocos escritos y obras incoherentes son abiertamente anticlericales. La seriedad queda asociada precisamente al catolicismo, al embrutecimiento, al aturdimiento, a la reducción de la capacidad intelectual. Pero hay curación, viene a decir Lévy: la alegría regenera el espíritu, revitaliza. Para evitar que la tristeza se extienda como una mancha de tinta, el llanto del incoherente queda fuera del espacio público. Lo interesante es que Lévy está reconociendo que también hay tristeza en la vida del incoherente pero que eso debe quedar proscrito de la representación pública. Así el incoherente es alguien que despliega una representación alegre para los demás mientras esconde su dolor y su angustia.

Frente a ello, el texto de Lévy termina con una llamada al goce: “¡Gimamos ante la estupidez humana! Pero gimamos estallando de risa y la estupidez se espantará. La pena será para ella, los risueños estarán a nuestro lado”. Se trata de alcanzar un goce intenso que arranque gemidos. La metáfora del estallido que remite al campo semántico de la explosión da cuenta de la violencia latente con la que el autor imagina ese goce al que invita a los parisinos en el primer baile de los incoherentes.



LEYENDO AL INCOHERENTE JULES LÉVY

Algunos de los disfraces empleados en el baile, dibujados por Henri de Sta para “Le Courrier français” el 22 de marzo de 1885 (Charpin, 1999: 29).

4. ROMANTICISMO Y DECONSTRUCCIÓN VANGUARDISTA.

En general podemos concluir que estamos ante un movimiento que se asienta en propuestas esencialmente románticas. Romántica es la referencia y defensa del espíritu francés o la idea del Arte por el Arte con la que se identifican los hidrópatas, antecedentes directos de la incoherencia, igualmente romántico es ese aroma roussonianos cuando habla de la alegría y del baile, como también lo es el ataque a Prudhomme, al realismo y al naturalismo. Desde luego, la superficie del texto de Lévy nos invita a considerar un alineamiento con posiciones de rechazo al proyecto de la Ilustración y un acercamiento a ideales espiritualistas.

Pero bajo esa superficie está latiendo otro tipo de experiencia, una sobre la cual a Lévy parece que le resulta difícil articular un discurso suficientemente clarificador. Repasemos algunas de las notables incidencias que hemos localizado en la lectura anterior. Hemos visto cómo Jules Lévy, siendo él quien había puesto en marcha una vanguardista forma de entender el arte en el año 1882, cuando en 1885 escribe un artículo en el que dice que va a contar origen, historia y porvenir de la incoherencia realiza las siguientes operaciones:

-Habla de los incoherentes en tercera persona de modo que él no se incluye entre ellos.

-No menciona que fue él quien, al proponer “hacer una exposición de dibujos realizados por gente que no sabe dibujar”, había desencadenado unos procesos creativos rápidamente aceptados por muchos parisinos bohemios, seguramente por encima de las pretensiones del propio Lévy. Como hemos señalado en el análisis, esa situación le plantea cierta dificultad a la hora de gestionar su propia paternidad sobre la criatura que dice defender.

-Define la incoherencia como el humor y la alegría necesarios para recuperar la, según él, maltrecha pujanza del espíritu francés. Tal definición constituye una simplificación frente a un fenómeno artístico bastante más complejo. Baste reflexionar un instante sobre la pieza antes mencionada: “Facteur rural”.

La propuesta de “hacer una exposición de dibujos realizados por gente que no sabe dibujar” implica una experiencia fuerte de choque con el significante en el proceso de escritura, tan intensa que se hace desde el no saber. Queda así entronizado el deseo de

expresar algo por encima y por delante de otras consideraciones de orden y adiestramiento. Precisamente si algo caracteriza a las vanguardias es esa experiencia que Eisenstein describía con sinceridad en sus memorias: “cuando comienzo una página, una sección, a veces hasta una frase, no sé adonde me conducirá la continuación” (Eisenstein, 1998: 33).

Queda así suscitada la interrogación, incluso angustiosa, por el sentido de la propia experiencia con el lenguaje y los códigos. Ante ello, el romanticismo parece ofrecer cierta cobertura de sentido al considerar de forma tan espiritualista como, a veces, orgánica que es el Arte (con mayúscula) lo que se manifiesta. Desde principios del S. XX esa experiencia radical deberá ser recubierta por teorizaciones que, si bien conservan cierto aroma romántico, recurren también a consideraciones sociales y políticas y, en cualquier caso, a la necesaria innovación, a la ruptura definitiva con estéticas del pasado, cosa que no hacen los incoherentes de forma explícita.

El historiador de la filosofía Christian Delacampagne señala el periodo que va desde 1880 a 1914 como el momento en el que cristalizaron importantes cambios en la cultura europea que dan lugar a lo que se ha venido llamando “modernidad”.

Para apreciar la importancia de esos cambios, es necesario recordar que, del Renacimiento hasta el final del siglo XIX, las producciones del arte y del saber son consideradas no como simples construcciones mentales, sino como representaciones fieles de una realidad preexistente. [...] Para la mayoría de aquellos que así se interrogan, nuestros signos son fiables, nuestros lenguajes verídicos y nuestra mente está en pleno acuerdo con el mundo. Por mucho tiempo dominantes, esas convicciones cesan progresivamente de serlo a partir de 1880. [...] Pero si bien muchos rechazan como ilusoria la pretensión de nuestros lenguajes de decir la verdad, por el contrario se apasionan por los signos mismos, los cuales, al perder su transparencia, ganan en misterio. (Delacampagne, 2011: 17-18)

Delacampagne describe con precisión ese doble movimiento, por un lado la conciencia sobre la incapacidad de los signos para decir la verdad y por otro la pasión por jugar con los signos, chocar con ellos, y acceder a experiencias intensas entre el sentido y el sinsentido. Para completar la reflexión de Delacampagne nos parece oportuno recordar que la libertad de prensa se decretó en 1881, momento a partir del cual escritores y caricaturistas se ejercitaron en toda clase de juegos de palabras y dibujos con intención satírica. Ello supuso que las masas urbanas alfabetizadas se acostumbraron pronto a tales ejercicios de deconstrucción en los cuales se demostró que se podía decir incluso lo contrario de lo que pareciera a primera vista. No pocos de los incoherentes se ganaban la vida precisamente como escritores y dibujantes en periódicos y revistas de carácter jocoso y satírico. Para los incoherentes esos ejercicios de deconstrucción, que están en la base de toda experiencia vanguardista, podían formar parte de la defensa de la alegría y del espíritu francés y por eso declaraban que los ponían al servicio

LEYENDO AL INCOHERENTE JULES LÉVY

de la recuperación de algo que veían desintegrarse. Por lo mismo, no apelaban a la innovación sino a la restauración y ofrecían sus exposiciones y sus bailes como aportación desinteresada a sus conciudadanos en un gesto de civismo republicano. Así pues la interrogación que antes nos hacíamos acerca de la sinceridad en la defensa del espíritu francés debemos ahora zanjarla de modo afirmativo.

Creemos que el análisis de este texto de Lévy demuestra que a él le resultaba bastante difícil apreciar en toda su dimensión la quiebra que las actividades de los incoherentes introducían en el orden de la representación aún vigente en ese momento. Se aferra insistentemente a la alegría como anclaje del sentido, si bien en un momento dado, hacia el final, propone un estallido de risa contra la estupidez, es decir un goce fuera de todo orden.

Referencias bibliográficas.

- CHARPIN, C. (1999), *Les arts incoherents*. París, Editions Syros Alternatives.
- DELACAMPAGNE, C. (2011), *Historia de la filosofía en el siglo XX*. Barcelona: RBA Libros S. A.
- EISENTEIN S. M. (1988), *Yo, memorias inmorales I*. Madrid, Siglo XXI.
- INCOHÉRENTS (1884) *Catalogue illustré de l'exposition des arts incohérents*. París, Les incohérents.
- GÓNZALEZ GARCÍA, A; CALVO SERRALLER, F y MARCHÁN FIZ, S (1999), *Escritos de arte de vanguardia, 1900/1945*. Madrid, Akal.
- GONZÁLEZ REQUENA, J. (1995), “Frente al texto fílmico: el análisis, la lectura. A propósito de *El manantial* de King Vidor” en J. González Requena (compilador), *El análisis Cinematográfico*. Madrid, Editorial Complutense. 11-45
- (1997), “Los tres registros del Texto” en *Trama y Fondo N° 1*. Madrid. 3-32
- LÉVY, J. (1928) *Les hydropathes. Prose et vers*. París, André Delpeuch. Editeur.
- ROUSSEAU, J. (2009), *Carta a D'Alembert sobre los espectáculos*. Madrid, Tecnos.
- SHINER, L. (2004), *La invención del arte. Una historia cultural*. Barcelona, Paidós.

En internet

- 1 <http://www.artsincoherents.info/actualite.html> [consulta: 15 novembre 2011]
- 2 <http://fr.wikipedia.org/wiki/Gommeux> [consulta: 20 diciembre 2011]
- 3 [http://fr.wikipedia.org/wiki/Paulus_\(chanteur\)](http://fr.wikipedia.org/wiki/Paulus_(chanteur)) [consulta: 20 diciembre 2011]
- 4: http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages2/Montesquieu/EspirituLeyes_09.html#L19C5 [consulta: 10 marzo 2012]
- 5 http://classiques.uqac.ca/classiques/taine_hippolyte/la_fontaine_et_ses_fables/Taine_LaFontaine_fables.pdf [consulta: 10 marzo 2012]

ANEXO

L'Incohérence, son origine, son histoire, son avenir. Jules Lévy

Si l'Incohérence était ce que certaines gens voudraient qu'elle fût, il me faudrait commencer cette chronique à rebours et faire une chose dont la tête serait la queue et vice-versa.

Mais elle n'est pas ce que l'on veut bien dire, au contraire, et pour ne point paraître trop Prudhomme, je dis, comme entrée en matière : "L'Incohérence est la rigolade sans méchanceté". Ceci bien établi, nous allons par le menu donner la biographie exacte et bien complète de ce divertissement parisien qui, en trois années et demie, a conquis une large place au soleil de la capitale.

Il me reste pourtant à dire que les incohérents n'ont aucune prétention, ils ne sont ni plus malins, ni plus spirituels que tous les gens qui s'occupent d'art d'une façon quelconque, qu'ils soient peintres, poètes, sculpteurs ou menuisiers, mais ils ont cette conviction qu'ils ne sont pas tout à fait des imbéciles.

La gaîté et l'esprit français ont été souillés par cette gente puante qui se subdivise en plusieurs catégories: les gommeux ou poisseux ou amincis; les grues ou horizontales ou quart-mondaines; les pornographes ou naturalistes ou réalistes. Il faut réhabiliter cette gloire nationale qu'on nomme l'esprit français, c'est pourquoi les incohérents sont venus. Et, sans jamais être sales, ils font leur possible pour être gais.

Auront-ils gain de cause? C'est aux amis de la saine et chaste morale qu'il importe de répondre. (...)

Aujourd'hui c'est le bal, mais ici il nous faut un bénéfice à tous, et ce bénéfice, nous le voulons purement moral. On fait maintenant profession d'ennui, l'ennui est à la mode et quoique l'ennui naquit un jour de l'Uniformité, l'incohérent étant l'ennemie de l'Uniformité cela n'empêche point l'ennui d'être la "belle-mère" de l'Incohérence.

A qui la faute si l'on s'ennuie? Aux gens intelligents et spirituels qui ont vu les

endroits où ils avaient l'habitude de régner en maîtres, envahis par un ramassis de gommeux bêtes et de filles publiques idiotes, les intelligents ont abandonné la place et restent chez eux maintenant et là ils s'ennuient à loisir. Il faut réagir et les incohérents donnent le branle. La gaîté est le propre de l'homme, nom d'un petit bonhomme!!

Le ridicule envahit nos mœurs; on paraît ridicule en costume, bravons le ridicule et costumons-nous!

Ceux qui ne seront pas contents iront le dire à l'Univers (journal).

Et L'Univers nous dira notre fait, ce dont nous nous moquons comme d'une guigne. Le sérieux abrutit. La gaîté régénère.

LEYENDO AL INCOHERENTE JULES LÉVY

Quand nous aurons bien ri, nous rirons encore, et quand nous aurons besoin de pleurer, nous pleurerons chez nous, et tout tranquillement, sans étalage, la tristesse comme l'encre est communicative, ne faisons pas pleurer les autres.

Gémissons devant la bêtise humaine! Mais gémissons en éclatant de rire et la bêtise en sera effrayée. Le tort sera pour elle, les rieurs seront de notre côté. (...)

Jules Levy “L'Incohérence, son origine, son histoire, son avenir “, Le Courrier français, 12 mars 1885 (n° spécial incohérents) P. 3 et 4.